

843  
B.

PA 2193

.B7

L68

Es propiedad. — Queda hecho  
el depósito que marca la Ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LOCURAS JUVENILES

**A**DIÓS, querido; al fin tengo la dicha de verte. Creí que no estarías; pero tu mujer me ha dicho que te habías encerrado en tu despacho en cuanto acabaste de comer. ¿Qué te pasa? ¿Acaso alguna nubecilla oscurece el transparente cielo de tu dicha? ¿Tal vez habéis reñido, porque Margarita no da en la mesa muestras de buena educación? Habrá metido, como el otro día, la mano en la compotera, la madre la habrá dado algún cachetillo, y el padre habrá protestado de la dureza del castigo; vamos, ¿es eso?

—No, chico. Tu novelesca imaginación te lleva demasiado lejos; ni he tenido protextas que hacer, ni estoy incomodado, ni el hermoso cielo de mi felicidad conyugal ha perdido nada de su apacible serenidad. Margarita se conduce en la mesa tan mal como siempre;

pero cuando la sacamos la mano de la dulcera hace una mueca tan graciosa, que me echo á reír; mi mujer acaba por imitarme, y todo termina alegremente. Si hoy no acompaño á los dos seres más queridos de mi alma, es porque he decidido ordenar algo mis papeles. Mi dicha me ocupa más tiempo de lo debido, y desde que me casé, no he encontrado un instante á propósito para arreglar los cajones de mi mesa de despacho.

—Pues si estás tan ocupado, me marchó.

—No tal; el trabajo mío no es tan importante que me impida echar un parrafito contigo. Enciende un cigarro, y bromea á tu placer mientras hojeo estos cuadernos, donde consigné, en tiempos que no volverán, los principales episodios de mi vida de soltero, mis calaveradas de joven.

—¡Diablo! ¿No has quemado aún esos papeles?

—¿Por qué le había de quemar? ¿Por mi mujer? No se la ocurrirá nunca la idea de leerle, pero aunque cometiese esa indiscreción, no sacaría mucho de nuevo; ¿no sabes ya que mi vida de soltero ha sido de las más accidentadas y de las menos inocentes?... ¡Ay! ¡amigo mío! ¡cuán lejos estoy, moralmente, se entiende, de la época en que escribí esas líneas! No me conozco, y ahora me parece mentira que haya sido tan tonto algunas veces...

—Arregla otros papeles, y déjame leer una de esas aventuras en que tu amor propio quedó tan mal parado, según dices.

—Lee cuanto quieras. No comprometo en nada á las heroínas de ellas.

\* \* \*

—Chico, ¿sabes que no están mal escritos? Hay mucha pasión.

—¿Lo crees así?

—Sí. Se ve en ellos tus antiguas aficiones literarias... Y es, sobre todo, muy parisién. Déjame publicar esta parte de tus memorias.

—¡No pienses en ello siquiera! Si no son más que unas cuantas reflexiones mías...

—¡Tanto mejor! Así se vé que no es un diario, sino que has dejado correr la pluma al capricho de tu fantasía, hablas contigo, y el diálogo goza de ciertos privilegios que á las descripciones les están vedados.

—Pero no hay en ellos ni sombra de movimiento.

—¡Oh! ¡no! perdóname que te lo diga. Al contrario; le hay, y mucho. Vas á su casa dos veces al día, corres tras de ella, viajas por su causa. La verdad es, que por entonces no debías descansar nunca.

—Y siempre estoy solo en escena.

—Pero ella está contigo, y los dos juntos entretendréis al lector. Tú eres tan... ¿Cómo lo diría yo?

—¿Tan tonto, querrás decir?

—Sí, eso es; y ella tan... no seamos impo-  
líticos; vamos, tan *templada*. En fin, ¿qué

riesgo corres? No se te nombrará nunca, no se te podrá reconocer, y si no tuviese éxito, si no agradase á los lectores, la culpa sería mía, el descrédito no recaería sino sobre mí. ¿Conque es cosa convenida? ¿Me autorizas para que me lleve estas cuartillas?

—Llévatelas, ya que tan escaso estás de ideas propias, porque es evidente que el público preferiría á estos episodios de la vida privada, una verdadera novela, de interés palpitante, en la que interviniesen muchos personajes.

—No lo sabemos, amigo; el público tiene caprichos muy raros, y haré que este libro, utilísimo para los enamorados, salga á luz en la primavera, la estación del amor.

—¡Sea! Y puesto que has acabado ya el tabaco, ¿quieres que volvamos al salón? haremos compañía á mi mujer, á quien no dirás nada de lo que estaba haciendo... ¡Hay que confesar, amigo mio, que no hay nada verdad en la vida más que el matrimonio!

—Eso depende de la esposa que se elija. Si te hubieses casado con la otra, con esa de quien hablas en estos apuntes...

—¡Oh! no me lo digas.

—No es que yo lo haya creído; es que me acuerdo bien que tú habías pensado en ello.

—Tal vez; pero hubiese sido un loco. Gracias á que no he consignado en mis memorias esa locura.

—Así lo espero. No hubiese podido publicarla si hubieses faltado de ese modo á lo que á ti te debes.

—Despáchate. Oigo á la niña. No está aún acostada, voy á abrazarla otra vez antes de que se la lleven á la cama.

\* \* \*

—He aquí el diario de mi amigo:

## I

11 JULIO 1868.

Ayer me hizo su visita matinal. No se ha mostrado conmigo ni menos afectuosa ni menos amable que de costumbre. Es una naturaleza extraña, muy metida en sí. Es preciso estudiarla, adivinarla; ella no se descubre nunca. Oculta sus más vivas impresiones, cuando por casualidad las tiene; entonces, apenas si se hace traición por ciertos movimientos de la nariz, algo de languidez en su mirada y algunos sacudimientos nerviosos. De alta estatura, casi magestuosa, marcha con paso sosegado y aire distraído, no apoyándose nunca en el brazo de nadie; siempre acompañada ó seguida de alguien que la sigue á cierta dis-

tancia, imposible la sería preocuparse de los accidentes del camino ni de los murmullos de admiración que su vista provoca. Sabe que es bella y que se la admira, pero no parece conmoverse. No siente ni entusiasmo ni odio; y no tiene sin embargo, más que rabietas y rencores. Es buena, ella lo dice al menos, y lo dice como si tuviese necesidad de persuadirse de ello; pero la seriedad de su carácter, y cierta dureza inherente á su naturaleza, la hacen conducirse como si fuese mala. Tiene treinta años, los tendrá largo tiempo, puesto que su organización la pone al abrigo de esas pasiones violentas que hacen envejecer. Sus perfiles son de una regularidad perfecta, su boca de una frescura admirable. Cuando se digna tomar el trabajo de querer agradar, nada más expresivo ni más dulce que su mirada. A pesar de su estatura, que es más que mediana, tiene la mano de niña.

Es de esas mujeres que parecen nacidas para ocupar un trono; acaso su familia, que se atreve á todo, ha soñado para ella algún elevado rango, algún esplendor purpúreo. Hubiera poseído todas las cualidades que se desean ver brillar en una reina: la nobleza del busto, la regularidad de los rasgos, la distinción, la majestad. Hubiese obrado con discernimiento, con tacto, después de maduras reflexiones. No se comprometería nunca con palabras poco meditadas, porque no habla sino en casos muy extremos. Casada, no hubiese llevado á su marido, ni una gran inteligencia, ni grandes tesoros de ternura; pero

hubiera sido una esposa fiel y segura hasta en momentos difíciles.

¡Desgracia es, amiga mía, que no hayas encontrado al principiar tu camino por el mundo, un hombre inteligente y recto, que se hubiese dedicado á desarrollar tus bellas cualidades, tus aptitudes para el bien! Pero se te puso al abrigo de toda influencia extraña, se te reservaba, desde tu más tierna edad, á destinos misteriosos y desconocidos. Se decían: si se casa, saldrá de mi dominación, de mi egoísta cariño, estropeará mis cálculos, y te envolveron en una red cuyas mallas no pudiste romper.

## II

También vino ayer. La esperaba desde una hora antes; de repente oí la campanilla. ¡Dios mío! ¡si no será ella!

¡Si lo era! Sentía el roce, bien conocido para mí, de su traje.

Me lancé á su encuentro, la hice sentar, la desembaracé de su saquito de cuero, me arrodillé á sus pies y la miré.

¡Qué hermosa es! y sin embargo, está sin vestir; es la *toilette* de una mujer que vuelve de bañarse. ¡Pero está tan fresca, tan sonrosada, tan encantadora!

—¿Qué dicen tus ojos?—me pregunta,—  
¿en qué piensan hoy?

—¡Te adoran!

—No; parece que me preguntan algo. ¿Qué  
quieren saber?

—¿Me amas tú?

—¿Y para qué había de estar á tu lado si  
no te amase? ¿No he tenido mil dificultades  
que vencer para venir á verte?

—¿Me amarás siempre?

—¡Ya lo creo!

—¿Puedo, sin peligro para mi tranquilidad,  
darte todo mi corazón, toda mi alma, entre-  
garme enteramente á mi amor por tí, sin te-  
mor de que me abandones?

—Sí, me respondió.

Entonces me levanté, la cogí en mis bra-  
zos, y, como los minutos eran contados, no la  
pregunté más.

—¿Pasado mañana, á la misma hora?—le  
dije al despedirnos.

—Sí, hasta pasado mañana.

—Sin falta, ¿no es eso?

—Sin falta.

Y partió sonriéndose... ¡Ay! ¡con una son-  
risa que iluminó todo mi cuarto!

### III

Podía esperar tranquilamente su visita pró-  
xima; había hecho provisión de dicha para  
más de un día. Cuarenta y ocho horas pasan  
muy pronto cuando se vive de recuerdos y es-  
peranzas. No tenía necesidad de ponerme en  
busca de distracción para pasar el tiempo; los  
placeres míos no eran otros, desde hacia tres  
meses, que verla y pensar en ella.

A veces he abierto un libro y le he vuelto á  
cerrar al momento, ¿A qué leer? Mi pensa-  
miento está en otra parte. ¿Me ama? Esa es  
la pregunta que me hago veinte veces lo me-  
nos al día. ¿Por que he de dudar? ¿No me  
prueban su cariño sus frecuentes visitas? Sin  
duda alguna. Y sin embargo, desde el princi-  
pio de esta conquista amorosa, me siento agi-  
tado, inquieto, nervioso. En vez de ser franca-  
mente feliz, de complacerme en mi dicha, me  
siento presa de tristeza invencible, como si  
estuviese amenazado de una desgracia y mi  
felicidad se hubiese de escapar de entre mis  
manos. Nada hay que lo haga presentir; el  
cielo está siempre puro, y el horizonte sin  
nubes.

¡Vaya! desterremos estas ideas lúgubres;  
el día que me separaba de ella ha pasado ya,

la veré mañana. ¿No me ha prometido venir, y no cumple religiosamente su palabra?

## IV

Me despierto, y en el momento, con los ojos aún cerrados, mi primer pensamiento es:

Hoy vendrá, y dentro de poco.

Me visto apresuradamente, y arreglo mi habitación. ¿No hizo la última vez un gesto de disgusto al mirar este retrato? Si, pues pongámosle bajo llave. Estas láminas pueden llamar su atención; acaso se entretuviese en verlas y me robarían ese tiempo; ¡que se reunan con el retrato!

A este rincón de mi cuarto le llama su tocador; ahí, detrás de esa gran butaca, trata de ocultarse á mis miradas indiscretas, y desaparece un instante para volver á reaparecer más resplandeciente de hermosura. Voy á colocar la butaca de modo que la inspire cierta confianza... poco justificada. Pasemos el plumero por esta mesa, que tiene polvo, y es donde deja el cuello y los puños. ¿Está todo en su sitio? ¿Se me olvida algo?... ¿Y en qué voy á ocuparme la hora entera que aún falta hasta la de su visita? Aquí veo un paquete de cartas recibidas hace un mes; ya es tiempo de contestarlas. Las leeré antes; apenas me había enterado de ellas.

¡Ah! esta es de D... que me echa en cara haberle olvidado. ¡Pobre amigo! una caída ocasionada por el caballo, le ha hecho estar largo tiempo en el lecho, y no pudiendo venir á verme, me ruega que yo vaya. ¡Y no he hecho caso de su súplica! ¡Absorto por mi amor, olvido hasta á los amigos más íntimos! Con D... mi querido compañero de la infancia, no podría dejar de hablar de ella. Se reiría de mi amor, trataría de abrirme los ojos; y yo no quiero tenerlos abiertos. No puede conocerla como yo la conozco; la juzgaría por haberme dicho que sí, y la debe juzgar mal. No quiero saber los defectos que la encontraría, yo no la hallo ninguno, la amo, y esto me basta.

Esta otra carta es de una mujer encantadora, una amiga antigua, á quien he contado siempre mis penas y mis alegrías, y que en cambio no ha tenido nada oculto para mí.

*No te veo nunca ¿estás enamorado? Ven á contármelo.*

No me he dado prisa en acceder á tan galante invitación, y no me pesa, porque aquí tengo otra nueva carta que he recibido ayer de mi amiga. ¡Leer esta catilinaria, pase, pero, oírse la pronunciar, sería muy fuerte!

*Mi querido amigo: Como no has hecho caso de mi ruego, he tratado de saber noticias tuyas, y las he tenido muy buenas. Y, ante todo, para empezar lo más suavemente posible, á fin de contenerme en los límites de la más estricta política, te debo decir que ¡eres un estúpido!*

Has puesto tu pensamiento en una conquista, cuyo corazón es lo que menos se conmueve, te creas para épocas cercanas pesares muy vivos. La que tú amas, á pesar de sus treinta años, es aún niña, y aún niña mimada. Ahora la eres agradable, te lo concedo; pero no eres para ella más que un juguete nuevo que no tardará en romper. Entonces, ni tus penas, ni tus súplicas, ni tus lágrimas, nada la conmoverá. Estará harta de ti, y con eso está dicho todo, porque es de una dureza á nada parecida y no obedece más que á su capricho. Es demasiado bella, y es claro, ha sido demasiado adulada; no ha sufrido aún lo bastante para que su naturaleza se haya templado en el dolor, y pueda comprender los sufrimientos de otro. Cuando cansada de ti te dé el pasaporte, no tendrá la franqueza de esas mujeres que dicen: Lo siento mucho, pero no esperes nada; aléjate de mí y no vuelvas más, déjame. Por el contrario, negándote todo lo que constituía antes tu alegría, tratará de retenerte á su lado para martirizarte. Ella ha sufrido en su infancia y en su primera edad cierta dominación y ciertas tiranías domésticas de que tiene que vengarse en un tercero; ese tercero eres tú.

Por causa de un gran abandono en su educación intelectual y moral, su carácter se ha hecho pequeño y bajo; es capaz de introducirte en el corazón, sin lástima alguna, infinidad de puntas de alfiler que tú quisieras no sentir, pero que te harán sufrir mucho por tu excesiva sensibilidad nerviosa. Te revolverás

contra ella, tratarás de sustraerte á ese suplicio cotidiano; te ausentarás de aquí, regresarás de nuevo para volverte á ir y á tornar otra vez. Días enteros pasarán durante los cuales tendrá singular placer en hacer revivir recuerdos aún ardientes, y en inflamar tu imaginación sin aplacarla nunca. Te marchará de su lado, diciendo: ¡Es una criatura infame! y con un gesto, con una flor seca que te encie en una carta, habrá adivinado el flaco de tu sentimentalismo, y volverás de nuevo á decir: ¡Es un ángel!

Hay también en ese amor, que mi aprecio hacia ti me hace deplorar, una cosa en que, en tu desvanecimiento no has pensado. Quiero hablarte del dinero. Sin embargo, amigo mío, á pesar de tu ceguera, te ha de ser muy difícil no colocar á tu beldad entre las mujeres que sacan partido de su belleza. ¿Cómo? si no me concedes eso, ¿explicas el bienestar de que goza, ciertos inmuebles que posee, ciertas alhajas que luce? ¡Se los han dado, me dirás! ¡Ah! no ves niño que en estos tiempos no se da nada gratis, y que si después de haberlos recibido se hace la sorda, no es menos digna de estimación por eso, y tú eres de mi parecer acerca de ese punto. No recibe más que á los que le agradan, me dirás. Ese es un matiz delicado, convengo en ello, pero guárdate mucho de él; es tan ligero que es facilísimo borrarle y hacerle desaparecer. El que regala un collar de perlas ó un mazo de billetes de Banco no agrada siempre en el instante en que lo entrega, y un instante no

más basta para que se entiendan dos corazones. En fin, tú la agradas también, y nada te impide llevárselos, pues estás en tu derecho, y hasta es deber tuyo. Acaso parecerá ya que te muestras algo rehacio en cumplirle. Tú no vacilarías si se tratase de algunas que tú y yo conocemos, ¿por qué mostrarte menos generoso con X... que con esas otras? Porque con esas ¿no es cierto? no cabe la menor duda, es imposible engañarse, muestran francamente lo que son. La otra, por el contrario, no está clasificada por tí. Sus maneras distinguidas, su reserva, su conversación que no haría poner colorada ni á una joven, sus hábitos tranquilos, sus gustos sencillos y modestos, sus manos de patricia romana, sus salidas clandestinas y muy ocultas, el ojo vigilante que la sigue sin cesar y protege sus paseos por París, todo eso te desorienta.

Como tu corazón ha de arrancar á tu pensamiento que no es más que una cortesana, y como al mismo tiempo se niega á colocarla entre las mujeres de mundo, has llegado á convencerte de que es una joven honrada. Es claro; esa exterioridad de clase media es lo que te ha seducido á tí y á otros muchos. El parisién, ofuscado por los trajes espléndidos, el lujo y el relumbrón, se deja á veces engañar por apariencias modestas, tranquilas y decentes. Cede á los jóvenes y á los extranjeros las altas celebridades galantes por seguir una humilde botita al bajar de un ómnibus, ó una modesta falda de merino que

pasa por las Tullerías. Pero no te quede duda, amigo, tu amor es un ejemplar falsificado de la clase media. Si la has visto subir en un coche de plaza, es porque no tendría entonces coche propio; ofrécela una berlina elegante, y aceptará sitio en ella con graciosa desenvoltura. Una recomendación tan sólo te haré: que sea la berlina lo bastante grande para que pueda meter en ella á toda su parentela. ¡Ay, amiguito, dónde has caído! Amar á una mujer, pase, pero verse obligado á querer, á hacer la corte, á entretener y á contentar á todos los parientes y deudos de esa mujer, es peor que estar condenado á trabajos forzados. Y es imposible que te sustraigas á ese castigo; la familia ejerce una gran influencia sobre la que te hablo, y estás perdido el día en que su tribu haya decidido perderte. Ese día no puede tardar, cree en mi golpe de vista ejercitado, y sufrirás mucho, porque tienes una imaginación muy viva. Busca entonces á tu antigua amiga y la encontrarás. No tendré el mal gusto de recordarte mis profecías, yo tan sólo te diré: Llorá sobre mi corazón lo tonto que has sido.

Arrojé esta larga carta á la chimenea. No sentí cólera hacia la bella predicadora que la habia escrito; evidentemente no conocía á la que amo. Si la enseñase á quererla, si la dijese cuán encantadora y adorable es, cuánto... No, no la convencería; me diría que soy juez y parte en la cuestión. Además, no tengo tiempo de escribir; ha dado la hora; va á venir ya.



## V

Veamos por última vez mi cuarto. ¿Está todo en orden? Sí. Debe llegar antes de diez minutos; tomemos un libro.

Tiene interés; este capítulo está bien escrito.

¡Ay! ¡Han llamado! No, me equivoqué, continuemos leyendo.

No sé lo que leo, acabo de concluir un capítulo y me sería imposible hacer un resumen. Tengo delante de mí grandes páginas blancas manchadas con caracteres negros, y es todo lo que veo.

Han pasado algunos minutos más de la hora ¡qué! ¿no vendrá? ¡Es imposible! ¿No me lo ha prometido?... Me asomaré á la ventana, y más pronto la veré venir.

No me engaño, es aquella que vuelve la esquina; es su estatura, su traje, su sombrero. ¡Ah! ¡qué feliz soy!

¡No es! ¿Cómo he podido cometer tal torpeza? ¡Ah! Señora mía, ¿y podíais elegir otra *toilette* y no causarme tan terribles emociones.

Decididamente, es mejor abandonar mi observatorio; las personas á quienes se espera en la ventana no llegan nunca. Me pasearé á lo largo de mi habitación; he tratado de estar

sentado y quieto, pero no puedo estar tranquilo. Las once van á dar. Un día me dijo:

*Cuando no me veas en tu casa antes de las once, no me esperes.*

Sí, ella me lo dijo, pero no deben ser las once. Mi reloj se adelanta. Sin embargo, nunca ha venido tan tarde.

Ya casi es mejor que no venga. No podría concederme más que unos instantes.

¿Qué he dicho? Sí, sí; ven, te lo suplico. Estarás poco aquí, pero te habré visto. ¡Ven!

Mi reloj no me engañaba. Las once daban en todos los de la vecindad; ¡vaya! todo ha terminado; es inútil esperarla más tiempo. ¿Qué habrá ocurrido?

¿Diría la verdad esta carta de mi escéptica amiga? ¿Estaré amenazado de alguna desgracia?

Eso es una niñería. ¿Por qué desconsolarme? Infinidad de motivos pueden haberla obligado á no salir de su casa.

Han llamado. Sí, esta vez no me engaño; ¡Al fin!...

Tenia razón en hacerme esperar; ahora corro á abrir la puerta, mientras que media hora antes, no hubiese corrido, hubiese ido sosegadamente. Ha querido hacerme sentir su poder.

Voy á abrir.

Era un desconocido que ha equivocado el cuarto. He estado á punto de estrangularle.

Muy malo es lo que ella ha hecho conmigo. Sabe cuán desconsolado me quedo cuando la espero y no viene. Hubiese podido advertírmelo, ¡la era tan fácil!... No iré más á su casa.